

Horacio Pilar

El otro yo

Mientes con la razón de la estrecha aventura
que se concluye de rodillas y cerrando los ojos.
Rodeado entre gemidos por la conciencia brava
la realidad te abrume y no te da albergue,
los delirios te consuelan y el sol te fatiga,
tu trabajo más penoso es el de encontrar las palabras
que en otras bocas crees ver convertidas en piedras.
Al hablar sientes que por tus labios pasa
un torrente de plumas,
y al escucharte no confías en tus oídos
más que cuando callas,
si no siembras, tu recogimiento es torpe
la duda te marea con la forma del mar
tu muerte labra un acta de asedio
su horario caprichoso que deseas vencer,
tu vida es más desordenada que tus sueños
en la ley de los cuerpos hallas ofensa
al caos imaginario te lanzas sin cesar
cuando comes o fornicas rondas tus sentidos.
¿Por quién habrías de preguntar si todavía no te has hallado?

Si te hablo así es porque compartes mi mesa
y bebes con mi garganta invitado por la locura.
Te apago sobre mi cara cuando tu máscara arde
y tiembla mi corazón, bajo la ducha amarga;
te arranco de mi alma y bajo mis ojos te retuerces
como algo sin nombre que es diferente a todo
hasta que alguien me convide a dialogar
para que el acecho que sostienes no alcance la victoria.

La hormiga

Bajo la luna,
en medio del sopor,
sube negra como naípe de un juego
a tomar con su boca
la flor servida por el rosal al sueño.
Por un ojo de tierra
sale temblando de hambre
la hormiga negra: junto al zapato
atraviesa sin temor
la almohada de veneno
el suave polvillo la viste
con destellos sulfúricos.

Madrugada

Los gallos gritan como puertas que se abren
empujados por la luz impaciente,
y los zarcillos lúcidos estremando su tacto
crecen agudamente sobre un silencio de hojas.

Veo temblar por dentro a los capullos
que el aire tierno apenas mueve;
los pájaros vuelven al cielo, al árbol más vivo,
una nube morada los torna prudentes,
de nada le valió a la noche parecer interminable.